

EL SOCIALISTA

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: *España*, 1 peseta; *Ultramar*, 1,25; *Portugal*, 1,50; *Otros países*, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números una peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiere efectuado.

APARECE LOS VIERNES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, HERNÁN CORTÉS, 8, PRAL.
Horas de oficina: de ocho á diez de la noche.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de las Agrupaciones Socialistas y de los corresponsales del periódico, ó dirigiéndose directamente al administrador. La correspondencia de Redacción, á nombre de Pablo Iglesias; la de Administración, al de Juan José Morato.

ADVERTENCIA

Rogamos á las Agrupaciones Socialistas, á los corresponsales y á aquellos que tengan cuentas con esta Administración, no demoren el envío de fondos.

LA SEMANA BURGUESA

La polémica sostenida entre *El Ideal* y *El País* con motivo del barrendero de levita que este último periódico tenía de director honorario, ha estado á punto de terminar en *tragedia*.

Pero todo ha quedado zanjado honrosamente mediante la correspondiente é inevitable acta.

Nos alegramos por los árboles del Retiro. Que habrían sido, en último caso, los que hubieran tenido que aguantar los dos balazos de reglamento.

Lo que ha quedado en pie, á pesar del acta, son estos tres hechos que sienta *El Ideal*, después de recordar caritativamente á su colega en republicanismo la campaña que éste hizo contra «Los que roban» en el Municipio y los redactores que vivían de la *timba*:

Primero. Que el Sr. Abejón, sin ser republicano, ha sido director de *El País*, en una ú otra forma.

Segundo. Que no siendo republicano, según *El País*, responde hoy de un documento político de gran importancia.

Tercero. Que, en efecto, cobraba como barrendero público.

¡Un barrendero respondiendo en la cárcel del último manifiesto de D. Manuel Ruiz Zorrilla!

Esto es la quinta esencia de la democracia.

Moralidad republicana. Aquellas tremendas denuncias que los concejales republicanos iban á hacer sobre Consumos se han quedado en amenazas.

Y en justa reciprocidad, el «alcalde del rey» ha desistido de suspender el acuerdo referente al personal del Ensanche, en cuyo acuerdo tanto empeño pusieron los republicanos.

Y de todas estas coincidencias deduce un periódico que el alcalde del rey y los concejales consabidos están á partir un piñón; añadiendo:

Hizo bien el Sr. Angulo en mandar que sorprendieran un matute en la zona á cargo de empleados republicanos. Porque ahora puede conquistar á sus enemigos echando tierra al fraude.

¡Qué mal interpreta siempre el vulgo los ardides políticos!

Porque seguramente esos republicanos empleados en Consumos que dejaban pasar matute lo harían para desacreditar á la Monarquía.

¡Cómo está la sociedad!

Todo un individuo del Cuerpo Colegiado de la Nobleza, socio del Veloz-Club, distinguido *gentleman*, etcétera, etc., ha desaparecido en compañía de 100.000 duros.

Los 100.000 duros no han sido *habidos*, aunque el *gentleman* sí; lo cual ya es algo en los tiempos que corremos.

Ahora sólo falta que parezca la señora Moralidad, que nosotros creíamos que había buscado refugio en la aristocracia de la sangre.

Un detalle... insignificante.

El Sr. Larroder fué conducido desde el Gobierno civil á la Cárcel Modelo en un coche de punto.

Los obreros detenidos á consecuencia de la huelga de panaderos hicieron este viaje á pie, atados codo con codo. La diferencia en el procedimiento tiene justificación.

Porque el distinguido *gentleman* sólo ha estafado 100.000 duros.

Y los obreros panaderos pedían nada menos que se les remunerara mejor su trabajo.

¡Y luego dirán que Aguilera no sabe distinguir!

Estando trabajando el carpintero Esteban Juanas en la escalera de la casa en construcción de la calle de Lagasca, esquina á la de Villanueva, tuvo la desgracia de caerse desde el piso segundo al sótano, resultando con la pierna derecha fracturada por la parte superior del muslo.

Después de dar la anterior noticia, añade *El Imparcial*:

Es preciso que los maestros de obras se preocupen seriamente de los andamios para evitar esta clase de desgracias, que ocurren casi á diario y que por lo general dejan sumida en la miseria, como hoy sucede, á una numerosa familia.

La recomendación peca de cándida. Mientras exista un Jurado tan benévolo y un Canalejas que se encargue de las buenas causas, ¿qué necesidad tienen los maestros de obras de ocuparse de la solidez de los andamios?

El sistema de organizar ovaciones espontáneas á los grandes burgueses, de celebrar manifestaciones de obreros, pagando á éstos los gastos de locomoción y el jornal cuando se cree de este modo ejercer presión sobre el Estado, en una palabra, el arte de hacer que los obreros saquen las castañas del fuego á sus explotadores, es muy antiguo y puesto en práctica con regular éxito en todas partes; pero no puede hacerse ¡ay! impunemente donde, como en Bilbao, existe una gran masa de obreros conscientes, que además de la energía que les da una convicción arraigada, no olvidan que esos capitalistas que acuden á ellos cuando quieren darse tono ó sacar á flote sus intereses, les niegan el derecho de reclamar el 1.º de mayo la abolición de los muchos abusos de que son víctimas.

Y ésta es la cuestión. Lo que nuestro correligionario de Sestao ha dicho es rigurosamente exacto, y su opinión la opinión de la mayoría, por no decir de todos, los obreros bilbaínos, y por tanto la más autorizada y, lo que vale más aún, la más *desinteresada* en la cuestión. Lo cual no pueden decir muchos periódicos de Bilbao que deben su existencia á la caja de los grandes capitalistas de Vizcaya.

Mala semana para la diosa Themis. El asunto bautizado con el nombre de «el testamento falso», á consecuencia del cual viste ya el capuchón un abogado y están á punto de alcanzar igual honra otros pájaros encargados de mantener vivo el fuego sacro de la incorruptible diosa, amenaza dar más juego que el crimen de la calle de Fuencarral, si quiera nos quede el consuelo de que todo concluya, como en éste, ahorcando al último mono.

Por el bien parecer. Meralidad burguesa. Dos ricos montañeses dejaron diez años un legado de cien mil duros para construir un hospital en Cabezón de la Sal, y hasta la fecha el hospital no se ha construido ni los dos millones parecen, á pesar de las voces que da la Prensa de Santander.

Si la sociedad capitalista carece de escudo heráldico que proclame sus proezas, puede hacerle bien sencillo y bien gráfico. Un trabuco naranjero en campo de gules.

Armonías republicanas. Juzgando la ruptura de la Unión republicana, dice *El Nuevo Régimen*: «Lo hemos preguntado ya otras veces: ¿para qué ha servido la Unión republicana? Sólo para las elecciones. No ha traído á la causa de la República ni fuerzas ni recursos. Cerrados los comicios, apenas si se ha reunido. Ha celebrado pocas sesiones, y en muy pocas ha dejado de descubrir la heterogeneidad de sus pensamientos. Para la revolución ha sido, como en el número anterior decíamos, más una rémora que un estímulo. No tenía identidad de juicios ni aun para los procedimientos.»

Y sobre el mismo asunto escribe otro periódico de la comunión: «A borrarlo y olvidarlo todo, y reconocer que estamos perdidos, completamente perdidos, si algún suceso extraño, imprevisto, no viene en nuestra ayuda. Ningún partido puede solo hacer nada; si acaso, el progresista podría parodiarse un pronunciamiento militar si contara con militares en condiciones de intentarlo; pero

como no cuenta con ellos... Y si separados nada podemos hacer, y no hay medio humano de estar unidos, ¿qué nos queda? ¿qué somos? ¿para qué servimos?» A confesión de parte...

CAVAR SU PROPIA FOSA

El Liberal, examinando hace días la situación comercial, y refiriéndose á una estadística publicada por otro periódico, dedujo que el término medio al año de los fracasos mercantiles, ó, por otro nombre, quiebras declaradas ó encubiertas, asciende á 350 en España, correspondiendo á Madrid un centenar.

El periódico republicano-mercantil, de acuerdo con *La Época*, entiende que dicho mal se corregirá en gran parte reformando el Código de Comercio.

Un colaborador del primero de los dos periódicos citados—el comerciante D. Ildefonso Trompeta—muéstrase en desacuerdo con aquéllos no sólo en lo que toca á la gravedad del mal, sino en lo relativo al modo de remediarlo.

He aquí lo que dice este señor acerca de ambos extremos:

Claro está que el comercio al por mayor que vende á plazos, clama por la reforma de los artículos 870 al 873 del Código de Comercio, y por los artículos de la ley de Enjuiciamiento que á ellos corresponde, sin que por completo les satisfaga el proyecto del Sr. Lastres, que estiman demasiado complicado; pero de esto á suponer que cesarán en mucha parte las suspensiones de pagos, hay la misma distancia que desde el absurdo á la realidad de las cosas.

Porque conviene tener en cuenta que las quiebras y suspensiones de pagos, de que tiene noticia, y que la Prensa hace públicas, no representan, desgraciadamente, sino la *décima parte de las que ocurren á diario*, y de las cuales, á menudo, tengo noticias á costa mía, por razón de oficio. Sólo se conoce las que van á los Tribunales; pero las innumerables que se arreglan amistosamente, en la mayor parte de los casos entregando su miserable haber á los acreedores para que se lo repartan como buenamente puedan, no tiene nadie noticia más que los interesados.

Y sería horrible la enumeración de las que vienen ocurriendo de cada vez con más vertiginosa frecuencia, lo mismo en Madrid que en todas partes, y cuya evitación no lograrían los Códigos mejor pensados del mundo.

Las palabras subrayadas no lo han sido por el autor de ellas, sino por nosotros, para que nuestros lectores se fijen bien en la importancia de la enfermedad que aqueja al comercio, y en que, lejos de disminuir, se agrava más de día en día.

Nuestra opinión respecto á la ineficacia de los Códigos para impedir la mayoría de las quiebras en el comercio está de acuerdo con la del Sr. Trompeta; pero si en este punto lo estamos, no nos pasa lo mismo en el que propone el colaborador de *El Liberal*.

Lo que arruina al comercio—dice—es la falta de ventas, por el estado general de miseria en que se halla el país; la imposibilidad de surtirse del extranjero de ciertos productos, que podría vender á las pocas familias acomodadas que todavía tienen medios de comprarlos.

Y la carencia de crédito por parte de Bancos y banqueros para atender á los compromisos, pues si bien en mercancías el comercio tiene todo el crédito, y más que el que necesita, cuando le precisa dinero no encuentra quien le adelante ni un centavo.

Antes de responder al contenido de las líneas que acabamos de transcribir, conviene hacer una aclaración; y es que cabe que se arruine el comercio ocasionando, como es consiguiente, la ruina de muchos comerciantes, y cabe también que se arruinen muchos de éstos sin que el comercio se resienta y aun estando en vías de progreso.

En los últimos años, y debido principalmente á la inferioridad de la potencia productiva de España comparada con la de otros países, nuestro comercio es inferior al de otros períodos; pero seguramente la mayor parte de las quiebras que sufren los comerciantes españoles no tienen tanto por causa esa diferencia como la centralización de los capitales que se realiza en todos los ramos de la producción y que es la característica del régimen capitalista.

Bastantes comerciantes se habrán arruinado por la falta de ventas y por los rigores del fisco; pero muchísimos otros habrán sucumbido por la competencia que les han hecho los más poderosos y por la creación de los grandes comercios y bazares.

Y para este mal no hay remedio. Aunque alguna vez que otra el Estado da una dedada de miel á los pequeños burgueses atendiendo tal ó cual reclamación de éstos, los grandes capitalistas van haciéndose dueños de él y

favoreciendo con el poder del mismo todos sus negocios y monopolios.

Ante esta situación, de poco servirá a los pequeños comerciantes el crédito de Bancos y banqueros. Todo ello será anulado por la incontrastable fuerza que el capital da a los grandes burgueses.

No ya los pequeños comerciantes, sino los pequeños agricultores y los pequeños industriales son víctimas, y lo serán más todavía, de la absorción capitalista. Esta, cada vez mayor, y sin que nada pueda contenerla en el presente régimen económico, dará buena cuenta, prospere ó decaiga la agricultura, la industria y el comercio, de los pequeños propietarios.

Nada, ni esfuerzo propio ni súplicas, librará a éstos de ser arrojados a las filas proletarias por el ciclón capitalista y de sufrir, por consecuencia, los rigores y las desdichas que experimentan los asalariados. Su salvación está única y exclusivamente en que el Socialismo triunfe en plazo breve, para lo cual deben prestar su concurso a la causa que el proletariado consciente defiende.

Cuanto a los grandes burgueses, a los expropiadores de los que hoy poseen un pedazo de tierra, un taller ó una tienda, éstos, por más que otra cosa crean, trabajan para que la sociedad individualista desaparezca. Al hacerse millonarios, al trasladar a sus bolsillos los ahorros de las gentes algo acomodadas, al arruinar por medio de su poder y de toda clase de negocios y empresas a los explotadores de menor cuantía, podrán mostrarse satisfechos y considerarse invencibles, pero lo que en realidad hacen es destruir su propia clase, cavar la fosa donde ha de ser sepultada.

Si es fatal é inevitable que la pequeña burguesía sucumba a manos del capitalismo, fatal é inevitable es que éste debilite su poder y su fuerza, haciendo posible el triunfo del Socialismo.

LE SALUT EST EN VOUS

Con el título *Le salut est en vous* ó «El Cristianismo considerado no como doctrina mística, sino como moral moderna», se ha publicado hace poco en París la versión francesa de la última producción literaria del conde León Tolstói, obra en la que campea, desde el principio al fin, la más sublime de las ideas, irrealizable hoy, posible en la sociedad futura: la idea de la fraternidad humana.

Idea valientemente predicada y defendida en todo el libro por el ilustre escritor, ya recurriendo a las predicciones de Jesús y sus apóstoles, ya a los principios de los cuáqueros, menonitas y hermanos moravos, ya de los albigenses, bogomilas y pablistas; esforzándose, lleno del misticismo que caracteriza sus últimas obras, en demostrar la contradicción que existe entre la vida y la conciencia, contradicción más bien entre la civilización tan enaltecida y las costumbres de nuestra sociedad bárbaramente organizada; atacando a la guerra y a los que la consideran como un fenómeno político accidental fácil de evitar por medidas exteriores, a los que la creen un fenómeno doloroso, pero inevitable, a los que la consideran útil y necesaria; combatiendo el armamento universal y el servicio obligatorio; demostrando que la base del Poder es la violencia física, que para el cumplimiento de la violencia el Poder tiene necesidad de una institución particular, que es el Ejército, y que el Poder, ó lo que es igual, la violencia, destruye poco a poco la concepción social de la vida; haciendo resaltar de modo tangible que el Gobierno necesita del Ejército especialmente para dominar a los proletarios, así como que el Gobierno se esfuerza en convencer a éstos de que la violencia gubernamental es necesaria para defender a los proletarios mismos de los enemigos exteriores; y probando, sin que quede ningún género de duda, cómo los malvados son, por regla general, los que están al frente de los Gobiernos, cómo la historia de la Humanidad es la historia del monopolio del Poder político por los malos en perjuicio de los buenos, cómo la supresión de la violencia gubernamental no aumentaría el número de las violencias individuales, cómo la situación y organización de nuestra sociedad está sostenida por una falsa opinión pública, opinión pública que se modificará—y ya estamos en este período—destruyendo ella misma la actual organización social.

Hasta aquí vamos bien. Puede el conde Tolstói estar tranquilo; sus elevados sentimientos y sus humanitarias aspiraciones se verán cumplidos más pronto quizás de lo que piensa y del modo que él no supone en su libro. La fraternidad humana, mito hasta aquí, será un hecho, porque ya en el espíritu de las masas ha penetrado la idea de que la Humanidad tiene en la Naturaleza otra misión más hermosa y más sublime que la de sufrir, que la de trabajar mucho para comer poco, para extenuarse; porque el precepto genésico de «ganar el sustento con el sudor del rostro» hace ya reír a todos, y porque contra todas las teorías fatalistas burguesas hay en el Socialismo todo un cuerpo de doctrina que enseña científicamente cómo es posible vivir más y vegetar menos; que enseña cómo hay en la tierra, en oposición con el malthusianismo, elementos suficientes para que toda la Humanidad pueda satisfacer el conjunto de sus necesidades fisiológicas; elementos que la ciencia aumentará elevándolos al infinito por medio de la Química y transformando la tierra, no en el valle de lágrimas de que nos habla la Iglesia, sino en el paraíso terrenal.

Garantía de que esto sucederá son las citas mismas de Tolstói; el que la idea de la fraternidad humana ha sido ya comprendida por los hombres, como lo demues-

tran la constitución de la Sociedad fundada para el establecimiento de la paz universal, las obras de Ballou, el *Ou War*, de Dymond; la *No Resistance*, de Musser, y la Internacional misma, que, exenta de misticismos, sólo tenía aspiraciones de fraternidad universal. Las manifestaciones obreras de 1.º de mayo, revolucionarias en sus principios, ¿qué son en su esencia sino la aspiración universal a la fraternidad humana? Aspiración sentida en todo el mundo civilizado, puesto que en todo el mundo se verifican; aspiración creciente, puesto que cada año son más numerosas; aspiraciones que han de realizarse en la sociedad igualitaria cuando la civilización de los pueblos no se mida por el número de los cañones, ni por las invenciones de la pólvora sin humo, sino por las comodidades y bienestar de sus habitantes, y porque la libertad, negativa hoy, será positiva entonces, lo mismo que la civilización.

Hasta aquí vamos bien, habíamos dicho; lo cual supone que luego hay algo en la obra reñido con nuestras apreciaciones. Este algo es el misticismo, que obliga al autor a suponer que la emancipación puede verificarse por la mansedumbre, por el principio cristiano de la «no resistencia al mal por la violencia», y que le hace incurrir en el más profundo de los errores.

La Humanidad se emancipará, ¡ya lo creo!, pero luchando, combatiendo; unas veces desde la tribuna, otras en el libro y en el periódico, alguna quizás arma al brazo, pero nunca con la *Biblia* en la mano, nunca por la no resistencia.

El que reciba hoy un bofetón puede tener la seguridad de que si pone la otra mejilla recibirá otro bofetón, mas sin atraer a quien le pegue al camino de la virtud.

Cristo predicaba así quizás porque no podía de otro modo, y quién sabe si por eso mismo quedó incompleta su obra.

¡Que vayan a convencer al czar con el principio de la no resistencia! ¡Que vayan a los capitalistas! ¡Que vayan a los obispos españoles, esos que escriben pastorales alentando al exterminio de los moros!

Si el principio de la no resistencia fuera compatible con el espíritu marcadamente antiaultruísta de la época, la propaganda de Harrison, de Ballou y de Wilson, en los Estados Unidos, no hubiera resultado infructuosa y hoy serían cuáqueros todos los norteamericanos; sin embargo, vemos que existen en insignificante proporción.

Hay que tener presente que se trata de combatir a los malvados, a los cuales nunca se pudo traer a buen camino predicándoles el bien, sino imponiéndoselo a la fuerza.

El espíritu de la no resistencia es el que ha interrumpido la marcha progresiva de los hermanos moravos, en tanto que la violencia, odiosa siempre y necesaria a veces, impuso a fines del siglo pasado el sistema social moderno, muy malo, pero muchísimo mejor que el sistema precedente.

Marat, Robespierre y Fouquier-Tinville fueron quizás indispensables para la Revolución; tan indispensables como el verdugo en la sociedad individualista, y tanto como la revolución futura para la emancipación humana.

En la lucha económica vemos esto los obreros muy claramente. Se hacen reclamaciones a un industrial amistosamente, y no se consigue nada; se recurre a la huelga, que dentro de la lucha económica es un procedimiento de fuerza, y si la huelga cuenta con elementos positivos, el industrial cede.

En una palabra: la aspiración del insigne escritor de Yamaña-Poliana a la fraternidad humana, que es la aspiración del proletariado universal, se realizará, ó de lo contrario el progreso es negativo; pero se realizará no por la «no resistencia al mal por la violencia», sino por la violencia misma.

Entonces se cumplirán sus anhelos: ni habrá guerras, ni ejércitos permanentes, ni servicio obligatorio; ni Tribunales de justicia, presidios, cadalsos y pena de muerte.

Y será debido, no a la propaganda mística de la no resistencia, sino a la propaganda socialista revolucionaria.—L. V.

CARTA DE FRANCIA

Paris, 2 de marzo de 1894.

Como en mi anterior les ofrecí, voy a hacer un resumen lo más extenso que me sea posible del brillante discurso que nuestro amigo Jaurès pronunció en la Cámara de Diputados, sesión del 20 de febrero, en defensa de su proyecto de concesión al Estado del derecho exclusivo de importación de trigos extranjeros. En este segundo discurso nuestro amigo contestaba a las objeciones hechas a su proyecto y a los ataques que le habían dirigido los oradores de la mayoría.

Jaurès empezó examinando las principales objeciones hechas a su proyecto.

El ministro de Agricultura se queja de que el Estado tendría que hacer un adelanto de 200 millones de francos. Esta razón no es aceptable, pues si lo fuera habría que declarar que el Estado no podrá redimir nunca ningún monopolio. ¿Cómo se ha procedido con el monopolio de los fósforos y con el de los teléfonos?

Se sostiene después que el sistema de la compra de granos expondría al Gobierno a las sospechas de la democracia. Con arreglo a ese criterio, el Gobierno no podría emprender ninguna operación. Y sin embargo, todos los días se ve obligado a ponerse en contacto con intermediarios poderosos.

Finalmente, se objeta que el agricultor será, a pesar de todo, víctima del traficante en granos. Aun cuando así fuera, con la adopción de mi contraproyecto se suprimiría ya segura-

mente la especulación basada en la compra de trigos extranjeros, especulación que es la más peligrosa.

Refutadas estas objeciones, el orador aborda el proceso de tendencia que le han intentado en la tribuna, y contesta con argumentos tan irrefutables, que los mamelucos de la mayoría, no hallando nada que replicar, tratan de ahogar su voz. Pero Jaurès hace frente a la tormenta y logra dominarla.

En su respuesta a Jules Roche, el diputado socialista recuerda irónicamente los tiempos en que Jules Roche inoculaba en los nuevos diputados la pasión del monopolio sosteniendo que la intervención social era la medida de la civilización. El fué quien guió los primeros pasos de Jaurès hacia el Socialismo.

Luego, recordando que Jules Roche había expuesto cierto número de consideraciones de orden filosófico, Jaurès añadió:

Ha dicho que hay en el mundo social, como en el mundo natural, leyes contra las cuales no se puede ejercer ninguna acción.

Pero yo recordaré a los amigos políticos de M. Jules Roche, que han recibido casi todos su educación filosófica de Augusto Comte, que Comte, si bien admite por todas partes la existencia de leyes, admite también que el medio social es modificable.

A medida que una organización es más compleja, un número mayor de leyes cruzan sus efectos. No se puede alterar nada en las propiedades de las figuras geométricas, de las leyes mecánicas, del movimiento de los planetas, que son las leyes elementales; pero se puede ejercer una acción más eficaz en los fenómenos eléctricos ó luminosos, en las combinaciones de la química, y cuando aparece la vida, con su complejidad todavía mayor, se puede modificar el organismo viviente.

A medida que una organización viene a ser más compleja, es más fácilmente modificable, y no hay organismo más complejo que el organismo social. (*Aplausos en la extrema izquierda.*) Así nos sustraemos a la fatalidad de las cosas para entrar en la libertad de la conciencia. (*Nuevos aplausos.*)

Y existe otra ley, que me extraña no haber visto señalada ni por M. León Say ni por M. Jules Roche. Esta ley, que es el descubrimiento esencial de nuestro siglo, el honor y la luz de la ciencia contemporánea, la ley de todas las leyes, es la ley de la evolución.

Lo que caracteriza las concepciones científicas de nuestro siglo es la idea de que hay una evolución universal (*Aplausos en los mismos bancos*); que ni la materia, ni la vida, ni la humanidad se hallan encadenadas a formas inmutables: es el principio de la plasticidad de la vida.

Cuando os proponemos transformaciones sociales, ¿quiere decir esto que queremos sustituir a la fuerza de las cosas nuestro arbitrio individual?

De ninguna manera: lo que hacemos es apoderarnos de esta ley de la evolución universal, y después de haber observado en qué sentido se prepara la evolución social, ayudamos a esta evolución. (*Aplausos repetidos.*)

El honorable M. Jules Roche se cree emancipado de toda especie de absoluto; para él sólo es verdadero lo relativo, y, sin embargo, se ha hecho de la Economía política una especie de ídolo. No concibe las relaciones comerciales sino como aparecieron a Turgot a fines del siglo pasado.

Y con esa idea absoluta, estrecha, es como él juzga retrospectivamente toda la historia de Francia; no ve sino una serie de errores en todos los esfuerzos empleados por la nación para tratar de sustraerse a las necesidades que pesaban sobre ella. Con la multiplicidad de los centros locales de producción y de consumo, era prudente, en la Edad media, instituir un máximo de precio, y establecer al mismo tiempo cierta reglamentación para las corporaciones nacionales. M. Jules Roche no ha comprendido que había en esto una ley de evolución histórica.

Ha presentado un cuadro muy halagüeño de la Francia agrícola. Precisamente hay una cosa que caracteriza la historia de los campesinos de nuestro país, y es el hecho de que el campesino, el labrador, ha vuelto siempre los ojos hacia el Poder central, para que éste lo protegiese y lo emancipase.

Si acepta «los hombres del rey» es porque éstos los libran de las tiranías locales, de las oligarquías feudales que sobre él pesaban; considera al Poder central como una fuerza emancipadora. (*Aplausos.*)

Es lo que ha constituido la grandeza de la Monarquía; pero cuando ésta, faltando a su misión, protegió los abusos contra los cuales parecía haberse alzado en un principio, el labrador reconstituyó ese mismo Poder central bajo la forma de nación libre y republicana. (*Muy bien! Muy bien!*)

Hoy, al presentaros nuestro proyecto, no hacemos otra cosa sino reanudar esta tradición de la Francia rural.

Así como el campesino de otras épocas se dirigía a la Monarquía protectora y emancipadora para que ésta quebrantase la opresión feudal, del mismo modo se dirige hoy al Estado republicano para que quebrante esos Sindicatos de especuladores que lo arruinan. (*Aplausos en la extrema izquierda.*)

Nuestro proyecto tiene por objeto acabar con una de esas oligarquías, y nosotros somos los verdaderos intérpretes de la voluntad del país. (*Aplausos en la extrema izquierda.*)

Respondiendo a la parte del discurso de M. Jules Roche en que éste había hecho un elogio ditirámico de la sociedad burguesa, Jaurès terminó así su discurso en medio de los aplausos de la izquierda de la Cámara:

No basta venir a esta tribuna a cantar una especie de *sursum corda* y exigir que cada uno haga su examen de conciencia. Las conciencias contemporáneas no tienen tiempo de proceder a este examen, ocupadas como están en la lucha contra la miseria.

Lo que se necesita es que la sociedad no se ponga en contradicción con las lecciones de moral que dicta a sus pedagogos oficiales. No debe consentirse que el niño, a quien se enseña en la escuela que el trabajo es la fuente de la riqueza, que no hay riqueza sin el trabajo, vea al trabajador cada día más explotado y riquezas escandalosas edificadas sobre su miseria. (*Exclamaciones. Rumores. Muy bien! Muy bien! en la extrema izquierda.*)

Tomo acta de esas interrupciones. Hace dos días, para respondernos, M. Rouvier se vió obligado a hacer el elogio de la especulación, y vosotros, para combatirnos, negáis todas las llagas de la sociedad.

M. León Say me reprochaba de haber deducido de unas premisas tan vastas, una conclusión tan mínima como el monopolio del trigo por el Estado. ¡Tranquílese! Hemos emprendido contra la oligarquía comercial y patronal una lucha que continuaremos palmo a palmo al través de todas las cuestio-

